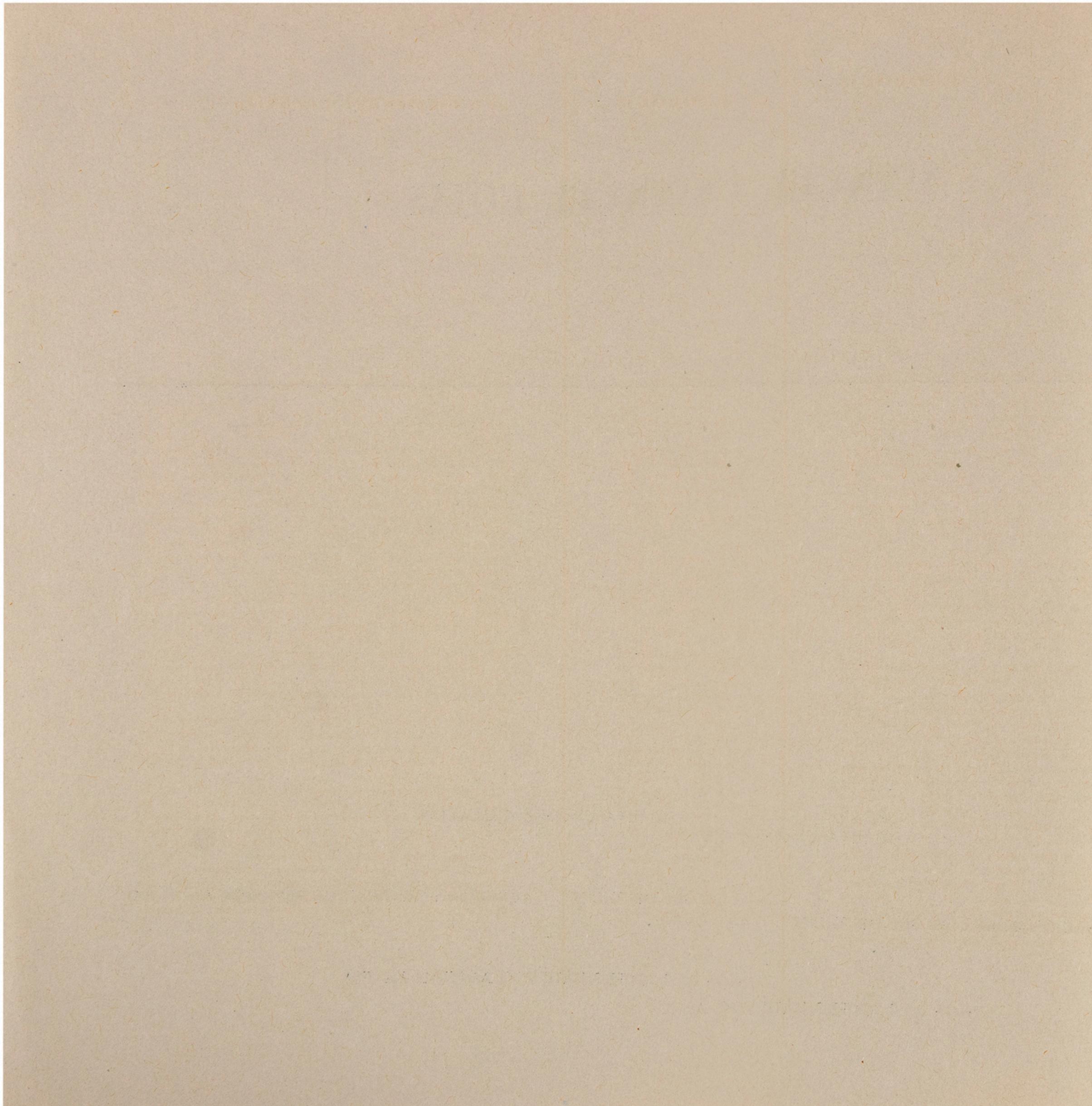


MANUEL ROJAS

VOZ VIVA DE AMERICA LATINA

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO / DIRECCION GENERAL DE DIFUSION CULTURAL

UNION DE UNIVERSIDADES DE AMERICA LATINA



PRÓLOGO

Lo conocí en 1963. Manuel tenía entonces sesenta y siete años y representaba, cuando mucho, cincuenta. A partir de esa fecha nos hemos encontrado, aquí y en otros lugares, varias veces y en todas ellas he descubierto nuevos motivos para admirarlo como hombre y para entenderlo en forma más cabal como escritor.

Rojas nació en Buenos Aires, el 8 de enero de 1896, de padres chilenos. En uno de sus libros (*Imágenes de infancia*) afirma que, a semejanza de sus progenitores, ha sido un tanto vagabundo. De familia pobre, huérfano de padre, vivió entre desheredados en remotos barrios casi rústicos. Desde los comienzos de la adolescencia trabajó para ganarse el sustento: fue sucesivamente peón ferroviario, jornalero marítimo, apuntador de teatro, linotipista, bibliotecario, periodista... Esta diversidad de ocupaciones, ejercidas en sitios diferentes, permitió a Waldo Frank llamarle "el andariego Sherwood Anderson de los Andes, que ha hecho poesía con lo más real y lo más prosaico". Establecido definitivamente en Chile, país cuya nacionalidad ostenta, ingresó a las letras por la poesía. Sus cuentos datan de aquella época (Rojas la precisa en la historia corta "Laguna") "en que hacía mi aprendizaje de hombre". La novela vendrá después, en los años de madurez vital y expresiva.

Hernán Díaz Arrieta, *Alone*, presenta así a Manuel en su *Historia personal de la literatura chilena*: "Una especie de tranquilo gigante, macizo, moreno, hijo del pueblo; golpeado por la vida desde la niñez, tuvo una adolescencia esforzada y cordillerana, entre vientos bravos, peones camineros y aristas de rocas; después, naturalmente, se inició en la vida intelectual como izquierdista de batalla; pero su sentido artístico ha primado hasta borrarle todo gesto visible de protesta, dejándole el sentido humano, la percepción emocional, sin énfasis exterior, estremecida hacia adentro. Novelas breves, cuentos y poemas lo habían señalado y puesto en primera fila cuando lo hizo surgir, solo, sin paralelo, *Hijo de ladrón*, extraña y magnífica novela de alta calidad, evocadora de maestros, con una corriente interior poderosa, que arrastra."

Raúl Silva Castro cuenta en *Panorama de la novela chilena 1843-1954* cuáles fueron los primeros estímulos que despertaron la vocación narrativa de Manuel Rojas: "De sus antepasados y parientes oyó, en la infancia, muchos relatos dramáticos de asaltos, robos en despoblado, y con las reminiscencias que ellos dejaron en su espíritu el escritor formó algunas de sus mejores colecciones de cuentos. Por su parte, ya entrado en años, hubo de vivir días sombríos bus-

por Emmanuel Carballo

cando el pan, y de allí surgieron otras de sus narraciones, sobre todo *Lanchas en la bahía*."

En 1917 aparecen los primeros poemas. Diez años después, recoge su producción lírica en *Tonada del transeúnte*. (En la década de los cincuenta publica un poema largo, *Desecha rosa*.) La mayor parte de sus cuentos la ha reunido en tres volúmenes: *Hombres del sur* (1926), *El delincuente* (1929) y *Travesía* (1934). La novela corta está representada por *Lanchas en la bahía* (1932). La novela, por *La ciudad de los césares*, "folletín fabuloso" según Enrique Espinoza (1936), *Hijo de ladrón*, considerada unánimemente como una de las grandes novelas americanas de nuestro siglo (1951), *Mejor que el vino* (1958) y *Punta de rieles* (1961). En 1938 reunió en volumen, *De la poesía a la revolución*, sus artículos periodísticos de carácter literario. *El árbol siempre verde* (1960) agrupa ensayos acerca de escritores chilenos, crónicas de viaje y un revelador examen de su vida en función de su obra.

Fernando Alegría en su *Historia de la novela hispanoamericana* divide la obra de Rojas en dos etapas: la primera está inscrita en el regionalismo criollista ("Durante años... escribió cuentos y novelas cortas como un discípulo aventajado del criollismo chileno... Parecía que su criollismo, con ser perfecto, no era suyo, sino algo que tarde o temprano se quitaría de encima como un poncho deshilachado"); en la segunda, que culmina con *Hijo de ladrón*, Rojas sólo se parece a Rojas: aún la técnica propia de nuestros días a su personalísima visión del mundo, mezcla en su estilo la poesía y la prosa. (La poesía, por supuesto, que no se manifiesta en palabras sino que crea estados de ánimo, atmósferas y tensiones emocionales; la poesía que se ve y no se lee.) Alegría señala que la obra de Manuel, en Chile, "marca nítidamente el final de una época y el comienzo de otra".

La primera impresión que producen los libros de Rojas está ligada al mundo que en ellos se describe y en el cual se mueven los personajes. Es un tosco y sólido mundo antiburgués. El estilo sugiere lo que al propio Manuel Rojas le sugirió el estilo de Horacio Quiroga: "una de esas herramientas que usan los trabajadores solitarios de las montañas o de la selva, mineros o carboneros, que ostenta al mismo tiempo que la noble dureza del material con que fue construida, la gracia personal y espiritual de quien la hizo". Añado: una de las actitudes del autor y de los personajes la constituye el sentimiento antiburgués. Alabanza, por tanto, de aquellos

seres que viven en los alrededores o en las antípodas de la burguesía y que carecen de casa, vestido y sustento.

En una de las historias cortas, "El hombre de la rosa", manifiesta cuáles son los tipos de vida que prefieren sus héroes, antihéroes en varios sentidos: "La vida del padre Espinoza era tan interesante como la de cualquier hombre de acción, como la de un conquistador, como la de un capitán de bandidos, como la de un guerrillero." En efecto sus héroes son hombres de acción, pequeños hombres de acción en un mundo que ha perdido el tono épico: jornaleros de tierra adentro y marítimos, delincuentes, jugadores, jóvenes sin oficio ni beneficio, ladrones, campesinos crédulos, cuchilleros, prostitutas, sacerdotes como los de la Conquista que viven en pleno siglo xx.

Acerca de esos hombres y del mundo que les tocó en suerte, Manuel ha comentado: "Algunos amigos míos, de filiación liberal, me aseguran que esos hombres, y muchos otros de igual o parecida condición, son así porque no quieren ser millonarios, poetas, sabios o héroes. A pesar del aprecio que siento por esos amigos, se me hace duro creerlo." Son hombres pobres, a veces pobres hombres, con los que el autor ha convivido y, por momentos, se ha identificado. De allí que sus historias, sus hombres y el mundo en que éstos habitan sean, además de reales, posibles desde el angosto punto de vista de la ficción. Ama tanto a sus criaturas que es incapaz de verlas con indiferencia: algunas veces lo traiciona su sensibilidad conmisericordiosa.

Sus textos cortos se ajustan a lo que tradicionalmente se entiende por cuento: la distancia narrativa más corta entre dos puntos, el planteamiento y el desenlace de un problema, de un hecho en apariencia carente de significación.

De cuando en vez, sus cuentos se apoyan en una leyenda, en el folklore, o en una extraña fantasía que suele ser realidad exacerbada. En ellos Rojas reacciona contra el lenguaje literario: lo sustituye con una lengua coloquial de concienzuda simplicidad de dicción y estructura sintáctica. Palabras comunes, las emplea con austero rigor. Su forma típica de expresión es una simple frase enunciativa, o varias de éstas unidas mediante conjunciones. Los ritmos son elementales y directos: producen en el lector, además de una reiterada simpatía hacia los personajes, crispación o modorra.

La violencia preside la vida. Los personajes se entregan a ella para sentirse vivos, para darle sentido a sus actos: no piensan, la acción es para ellos una especie de inteligencia seleccionadora y valorativa. Al abjurar del entendimiento, entronizan sus instintos, sueltan la rienda a las pasiones. Rojas los observa y, disimuladamente, aprueba su conducta. En el fondo se sabe compañero de ellos, quizá uno de los protagonistas que vive alegremente la fatalidad de su destino, la pegajosa miseria de la que no puede desprenderse, el desamparo que lleva consigo la vida trashumante. A sus personajes les duele su condición, pero no desean integrarse o reintegrarse a la inalterable vida burguesa: aman la aventura, aunque no ignoran que en ella pueden perecer, y de hecho algunos perecen.

Podría pensarse, tras lo que dije líneas arriba, que Rojas es, además de un escritor comprometido, un escritor ingenuo. No es así. Mira la vida con ingenuidad, y la crea con malicia: nunca incide en el terreno movedizo de la exhortación. La exhortación (o su igual, la propaganda) es hemipléjica; el arte de Manuel Rojas, de dos mitades y ambas vivas.

La segunda etapa de su obra en prosa la ha sintetizado con mayor lucidez que otros críticos Fernando Alegría. Afirma: "Novelistas como... Rojas, se mueven en el ambiente total de sus países, abarcan su realidad y, desbordando las líneas generales, buscan las raíces de su propia responsabilidad en el drama del mundo contemporáneo." Líneas después, asienta: "En *Hijo de ladrón* libera de

orden superficial al mundo de sus recuerdos, descubre la soltura y la plasticidad de la novela moderna, aprende a multiplicar los planos de la realidad y a reproducirlos en simultáneas proyecciones como en una sala de espejos, para descubrir, sin buscar, la esencia de un movimiento vital que se desliza a la manera de una luz o de una sombra por el rostro de sus personajes. Se extiende así, pero no se debilita ni se disuelve, por el contrario, se ciñe en medio de la abundancia de la vida y va palpando cada instante como el minero palpa la pepa de oro entre la arena y el agua que se le escurre por los dedos. Sin prisa, con tiempo, en un largo presente sostenido por una inspiración inagotable, un fuego sin llamaradas, de brasa viva, un hálito interior, poderoso, seguro, libre."

Así concluye Alegría: "Manuel Rojas ha descubierto el sentido de su creación literaria en el movimiento de una forma de vida que, en el fondo y por encima de fronteras, es un movimiento en búsqueda de la paz, del respeto esencial de la dignidad humana, en cualquier condición y circunstancia, y del amor como entrega libre, total y desinteresada."

Hijo de ladrón es una novela que rompe con los casilleros reservados por los críticos a la obra de Manuel Rojas. Para comenzar, nada (o casi nada) tiene que ver con el criollismo, escuela a la que Manuel ayudó a enaltecer con varios textos memorables; en seguida, se aparta bruscamente de la novela picaresca, con la cual parece que tiene en un principio afinidades básicas; tampoco guarda semejanza con las novelas publicadas en Chile, y en el resto de América Latina, a fines de la década de los cuarenta y en los primeros años de los cincuenta. *Hijo de ladrón* es una obra impar en la bibliografía de Rojas y en la prosa hispanoamericana de ese momento.

Tradicional e innovadora a la vez, hace añicos el tiempo (la acción va y viene del presente al pasado) y, sin embargo, respeta la unidad temporal: los sucesos reales duran únicamente tres días, comprenden el lapso que va de la salida de la cárcel de Aniceto Hevia al momento en que conoce y traba amistad con un par de vagabundos, Cristián y el Filósofo. Los frecuentes *flash-backs* le permiten recordar y recuperar el tiempo pasado: así desfilan por estas páginas el padre de Aniceto, la madre, los hermanos y el grupo de hombres, mujeres y niños con el que tiene contacto su familia. Así, también, cuenta su infancia, su adolescencia y su juventud dentro y fuera de la cárcel. Novela de la desesperanza, la frustración y la mala suerte, es asimismo una obra que canta a la vida, la amistad, el amor y la solidaridad entre los hombres, los que nunca llegan a confundir sus derrotas personales con el aniquilamiento de la esperanza en un mundo menos tenebroso y mejor organizado.

Hijo de ladrón es una novela que no abre nuevas puertas y ventanas a la prosa de América Latina (abre, eso sí, nuevos horizontes a la obra de Rojas); es más, se trata de una novela que cierra una etapa, que da por terminada, en forma admirable, una retórica y sienta las bases para que los escritores que vienen inmediatamente después se dispongan a descubrir un mundo nuevo. Por éstas, y otras razones, es una obra que ha vencido el tiempo y el espacio, una de las contadas obras que podemos señalar entre nuestros libros clásicos.

Años pasados, en una de nuestras frecuentes conversaciones, incité a Manuel a que trasara su autorretrato como escritor. Transcribo sus palabras con cierta fidelidad:

Yo soy un hombre de escasa preparación, de escasa escuela. Nunca fui a la Universidad, ni siquiera cursé la instrucción secundaria. Creo que lo que he dado de mí, es natural en mí. Poseo la capacidad para ser escritor, y la aprecio porque parece que en algunos casos es forzoso que aparezca. Dicen que soy un escritor de raza. La verdad es que, entre todo, lo que más me gusta es escribir. Lo

hago con agrado. Gozo cuando se me presentan dificultades. Me detengo, espero, no me apresuro, no me pongo rabioso ni me dan ataques de apoplejía como al pobre Flaubert. Escribo con cierta facilidad. Luego corrijo, y vuelvo a corregir hasta que estoy conforme, satisfecho. Si hubiera sido ebanista, habría fabricado algunos muebles muy bien acabados. Fui escritor, y he procurado escribir en esa forma. Un amigo mío tras oírme hablar de mi propia obra, comentó: "Es como escuchar a un carpintero. Hablas de tus

libros como si fueran muebles: en forma sencilla, sin vanagloriarte de conocer los estilos, las maderas, las talladuras." Soy una especie de obrero que escribe libros porque para ello tiene facultades. Y eso me gusta.

Así es Manuel Rojas que conozco en persona y a través de sus libros. En una y otra vertientes es el mismo individuo. Su vida es tan valiosa como su literatura, y a la inversa.

CARA I HIJO DE LADRÓN
Duración [Fragmentos]
17

En ese estado y con esas expectativas, salí a la calle.

—Está en libertad. Firme aquí. ¡Cabo de guardia!

Sol y viento, mar y cielo.

II

(Imagínate que tienes una herida en alguna parte de tu cuerpo, en alguna parte que no puedes ubicar exactamente, y que no puedes tampoco, ver ni tocar, y supón que esa herida te duele y amenaza abrirse o se abre cuando te olvidas de ella y haces lo que no debes, inclinarte, correr, luchar o reír; apenas lo intentas, la herida surge, su recuerdo primero, su dolor en seguida: estoy aquí, anda despacio. No te quedan dos caminos: o renunciar a vivir así, haciendo a propósito lo que no debes, o vivir así, evitando hacer lo que no debes. Si eliges el primer camino, si saltas, gritas, ríes, corres o luchas, todo terminará pronto: la herida, al hacerse más grande de lo que puedes soportar, te convertirá en algo que sólo necesitará ser sepultado y que aun podría pasarse sin ese requisito. Si esto ocurre querrá decir que tenías un enorme deseo de vivir y que exasperado por la imposibilidad de hacerlo como querías, preferiste terminar, y esto no significará, de ningún modo, heroísmo; significará que tenías una herida, que ella pudo más que tú y que le cediste el sitio. Si eliges el segundo camino, continuarás existiendo, nadie sabe por cuánto tiempo: renunciarás a los movimientos marciales y a las alegrías exageradas y vivirás, como un sirviente alrededor de tu herida, cuidando que no sangre, que no se abra, que no se descomponga, y esto, amigo mío, significará que tienes un enorme deseo de vivir y que, impedido de hacerlo como deseas, aceptas hacerlo como puedas, sin que ello deba llamarse, óyelo bien, cobardía, así como si elegiste el primer camino nada podrá hacer suponer que fuiste un héroe: resistir es tan cobarde o tan heroico como renunciar. Por lo demás, las heridas no son eternas, y mejoran o acaban con uno, y puede suceder que después de vivir años con una sientas de pronto que ha cicatrizado y que puedes hacer lo que todo hombre sano hace, como puede ocurrir, también, que concluya contigo, ya que una herida es una herida y puede matar de dos maneras: por ella misma o abriendo en tu cerebro otra, que atacará sin que te enteres, tu resistencia para vivir; tú tienes una herida, supongamos, en un pulmón, en el duodeno, en el recto o en el corazón, y quieres vivir y resistes, no te doblegas,

aprietas los dientes, lloras, pero no cedes y sigues, aunque sea de rodillas, aun arrastrándote, llenando el mundo de lamentaciones y blasfemias; pero un día sientes que ya no puedes resistir, que tus nervios se sueltan, que tus rodillas y tus piernas no te soportan y se doblegan: caes entonces, te entregas y la herida te absorbe. Es el fin: una herida se ha juntado a la otra, y tú, que apenas podías aguantar una, no puedes con las dos. No sé si conocerás algunos nudos marinos; es posible que no; como la mayoría de los mortales conocerás sólo un ejemplar de cada cosa u objeto y al oír hablar de nudos recordarás nada más que el de rosa, sin que ello signifique que lo sepas hacer bien; no se necesita saber muchas cosas para vivir: basta con tener buena salud. Hay un nudo marino, llamado de pescador, que recuerda lo que te estoy diciendo: está constituido por dos hechos que, siendo semejantes, ocurren aisladamente y que mientras están aislados no son peligrosos; el peligro está en su unión: toma un cabo, una piola, por ejemplo, o un vaivén, y haz, sobre otra piola o sobre otro vaivén, tomándolo, un nudo ciego; ese único nudo que sabes hacer correctamente, sin apretarlo demasiado y sin dejarlo suelto; que muerda, como se dice, y con el extremo de la piola sobre la cual has hecho ese nudo, haz otro igual sobre la primera y tendrás así dos piolas unidas por dos nudos ciegos colocados a una distancia equis; en esa situación son inofensivos, peor aún, no sirven para nada; pero el nudo no ha sido hecho aún: si tomas las piolas o los vaivenes de la parte que está más allá de los dos nudos y tiras separando tus manos, los nudos obedeciendo al tirón, se aproximarán el uno al otro con una docilidad que quizá te sorprenda en dos nudos que aparentemente no tienen obligación de obedecer a nada; y si tiras con violencia verás no sólo que avanzan hacia sí con rapidez sino que, más aún, con furor, uniéndose como con una reconcentrada pasión; una vez unidos no habrá tirón humano o animal que los separe o desate; allí se quedarán, aguantando el bote o la red, toda una noche, hasta que el pescador, fatigado al amanecer, los separe de su encarnizada unión con la misma sencillez con que la muerte puede separarte de la vida: con un simple movimiento de rechazo hacia un lado u otro... Pero imagínate que no tienes ni la primera ni la segunda herida de que te he hablado, sino otra, una con la que puedes nacer o que puede aparecer en el curso de tu existencia, en la infancia, en la adolescencia o en la adultez, espontáneamente o provocada por la vida. Si naces con ella puede suceder que sea pequeña al principio y no te moleste dema-

siado, sin que podamos descartar la posibilidad de que desde el principio sea grande y te impida hablar o caminar, pongamos por caso, todo ello sin tener en cuenta el lugar en que nazcas, que puede ser un conventillo, una casa o un palacio. Podrás o no haber, a tu alrededor, gente que se interese o no se interese por ti y que quiera o no quiera ayudarte; si la hay y se interesa y quiere, podrás llegar a ser conservado, excepto si tu herida, esa herida que ni tú ni nadie puede ubicar, pues está en todas partes y en ninguna: en los nervios, en el cerebro, en los músculos, en los huesos, en la sangre, en los tejidos, en los líquidos y elementos que te recorren; excepto si tu herida, digo, puede con todo y con todos: con la medicina, con la educación, con tus padres, con tus profesores, con tus amigos, si es que llegas a tener todo eso, pues hay innumerables seres humanos que no tienen ni han tenido medicina, educación, padres, profesores ni amigos, sin que nadie parezca darse cuenta alguna de ello ni le atribuya importancia alguna en un mundo en que la iniciativa personal es lo único que vale, sea esa iniciativa de la clase que sea, siempre que deje en paz la iniciativa de los otros, sea ésta de la índole que sea. Si la herida puede con todo y con todos y sus efectos no disminuyen sino que se mantienen y aumentan con el tiempo, no habrá salvación alguna para ti; salvación no sólo en cuanto a tu alma, que estará perdida y que en todo caso es de segunda importancia en el mundo en que vivimos, sino en cuanto todo tú; y ya podrás tener, en latencia, todas las virtudes y gracias que un hombre y un espíritu pueden reunir; no te servirán de nada y todo en ti será frustrado: el amor, el arte, la fortuna, la inteligencia. La herida se extenderá a todo ello. Si tu gente tiene dinero, llevarás una vida de acuerdo con el dinero que tienes; si tu gente es pobre o no tienes familia, más te valiera, infeliz, no haber nacido y harías bien, si tienes padres, en escupirles la cara, aunque es más que seguro que ya habrás hecho algo peor que eso. Puede suceder que la herida aparezca en tu adultez, espontáneamente, como ya te dije, o provocada por la vida, por una repetición mecánica, supongamos: el ir y venir, durante decenios, de tu casa al trabajo, del trabajo a tu casa, etcétera, etcétera, o el hacer, día tras día, a máquina o a mano, la misma faena: apretar la misma tuerca si eres obrero, lavar los mismos vidrios si eres mozo, o redactar o copiar el mismo oficio, la misma carta o la misma factura si eres oficinista. Empezará, a veces, con mucho disimulo, tal como suele aparecer, superficialmente el cáncer, como una heridita en la mucosa de la nariz, de la boca o de los órganos genitales o como un granito o verruguita en cualquier milímetro cuadrado de la piel de tu cuerpo. No le haces caso al principio, aunque sientes que el camino entre tu casa y la oficina o taller es cada día más largo y más pesado; que los tranvías van cada vez más llenos de gente y que los autobuses son más incómodos que antes y los choferes tocan cada vez más brutalmente sus bocinas; tu pluma no escribe con la soltura de otros tiempos; la máquina de escribir tiene siempre la cinta rota y una tecla, ésta, levantada; el hilo de las tuercas está siempre gastado y tu jefe o patrón tiene cada día una cara más espantosa, como de hipopótamo o de caimán, y por otra parte notas que tu mujer ha envejecido y rezonga demasiado y tus hijos te molestan cada día más: gritan, pelean, discuten por idioteces, rompen los muebles, ensucian los muros, piden dinero, llegan tarde a comer y no estudian lo suficiente. ¿Qué pasa? La herida se ha abierto, ha aparecido y podrá desaparecer o permanecer y prosperar; si desaparece, será llamada cansancio o neurastenia; si permanece y prospera, tendrá otros nombres y podrá llevarte al desorden o al vicio; al alcoholismo, por ejemplo, al juego, a las mujerzuelas o al suicidio. Tú habrás oído hablar del cansancio de los metales y esta frase te habrá producido, seguramente, risa: ¿Pueden sufrir tal cosa los metales y puede alguien imagi-

narse a un trozo de riel que diga: estoy cansado? Asombra pensar que un trozo de hierro o acero termine por cansarse y ceder, pero si el hierro cede, si afloja el acero ¿por qué han de resistir más los nervios, los músculos, los tendones, las células cerebrales, la sangre? Y eso que muy poca gente sabe hasta dónde es capaz de resistir el ser humano. ¿Qué resistencia tiene? A veces, mayor que la del más duro acero, y lo que es más admirable, algunos parecen soportar más mientras más endebles son y mientras más deleznable es su constitución. Recordarás, de seguro, cómo aquel hombre que conociste en tu juventud, derrotado, herido nadie sabe por qué arma en lo más profundo de su ser animal o moral, resiste aún, vendiendo cordones de zapatos o mendigando; dejas de verlo un año, dos; y un buen día, cuando ya te has olvidado de él, reaparece y te ofrece sus cordones o sus diarios o te pide una limosna; cómo el morfinómano, sin casa, sin trabajo, sin familia, resistió durmiendo en las calles, en los bancos de las plazas o bajo los puentes, sin comer, sin abrigarse, con las manos más frías que las del más helado muerto, durante cinco o veinte años, enterrando a su primera y a su segunda mujer, a los hijos de la primera y a los de la segunda, e incluso a sus nietos, sin poseer más tesoro que su jeringuilla y su gramo de morfina, para el cual tantas veces contribuiste con unos pesos, y cómo el hemipléjico que tenía una herida tan grande como él, ya que le empezaba en el lóbulo derecho del cerebro y le terminaba en las uñas del pie izquierdo y que había, además, perdido un brazo —una locomotora se lo cortó mientras trabajaba, siendo niño, en una barraca— resistió, durante diez o treinta años, a la soledad, sin poder comer, sin lavarse, vestirse ni acostarse, ni levantarse por sus propios medios, sin dientes, medio ciego, sostenido sólo por su pierna derecha y por ese algo misterioso y absurdo que mantiene en pie aun a los que quisieran morir, para terminar fulminado por un ataque cardíaco, envidiado por todos los que temen morir o de un cáncer o de un tumor cerebral. Y podrás ver en las ciudades, alrededor de las ciudades, muy rara vez en su centro, excepto cuando hay convulsiones populares, a seres semejantes, parecidos a briznas de hierbas batidas por un poderoso viento, arrastrándose apenas, armados algunos de un baldecillo con fogón, desempeñando el oficio de gasistas callejeros y en compañía de mujeres que parecen haber sido fabricadas por ellos mismos en sus baldecillos, durmiendo en sitios eriazos, en los rincones de las aceras o la orilla del río, o mendigando, con los ojos rojos y legañosos, la barba grisácea o cobriza, las uñas duras y negras, vestidos con andrajos color orín o musgo que dejan ver por sus roturas trozos de una inexplicable piel blanco-azulada, o vagando, simplemente, sin hacer ni pedir nada, apedreados por los niños, abofeteados por los borrachos, pero vivos, absurdamente erectos sobre dos piernas absurdamente vigorosas. Tienen, o parecen tener, un margen no mayor que la medida que puede dar la palma de la mano, cuatro traveses de dedo, medida más allá de la cual está la inanición, el coma y la muerte, y se mueven y caminan como por un senderillo trazado a orillas de un abismo y en el cual no caben sino sus pies: cualquier tropiezo, cualquier movimiento brusco, hasta diríase que cualquier viento un poco fuerte podría echarlos al vacío; pero no; resisten y viven durante decenas de años; tú puedes perder a tu madre, a tu mujer, a tus hijos, a tus amigos, todos sanos y fuertes, sin fallas; ellos persisten irritando con su presencia a los enfermos y a los sanos, a los poderosos y a los humildes, a los viejos y a los jóvenes sin que nadie pueda explicarse cómo pueden existir, en un mundo que predica la democracia y el cristianismo, semejantes seres Pero tú, amigo mío, eres sano, has sido creado como una vara de mimbre, elástica y firme, o como una de acero, flexible y compacta; no hay fallas en ti, no hay heridas, ni aparentes ni ocultas, y todas tus fuerzas, tus facultades

tus virtudes están intactas y se desarrollarán a su debido tiempo o se han desarrollado ya, y si alguna vez piensas en el porvenir y sientes temor, ese temor no tiene sino el fundamento que tienen todos los temores que experimentan los seres humanos que miran hacia el porvenir: la muerte; pero nadie se muere la víspera y el día llegará para todos y, hagas lo que hicieres también para ti. Hoy es un día de sol y de viento y un adolescente camina junto al mar; parece, como te decía hace un instante, caminar por un sendero trazado a orillas de un abismo. Si pasas junto a él y le miras, verás su rostro enflaquecido, su ropa manchada, sus zapatos gastados, su pelo largo y, sobre todo, su expresión de temor; no verás su herida, esa única herida que, por ahora tiene, y podrás creer que es un vago, un ser que se niega a trabajar y espera vivir de lo que le den o de lo que consiga buena o malamente por ahí; pero no hay tal: no te pedirá nada y si le ofreces algo lo rechazará con una sonrisa, salvo que al ofrecérselo le mires y le hables de un modo que ni yo ni nadie podría explicarte, pues esa mirada y esa voz son indescriptibles e inexplicables. Y piensa que en este mismo momento hay, cerca de ti, muchos seres que tienen su misma apariencia de enfermos, enfermos de una herida real o imaginaria, aparente u oculta, pero herida al fin, profunda o superficial, de sordo o agudo dolor, sangrante o seca, de grandes o pequeños labios, que los limita, los empequeñece, los reduce y los inmoviliza.)

CARA II
Duración
18'

—Volvamos.

—¿No habrá vuelto al puerto? —insinué.

—Quizá —contestó—; pero ahí es más difícil encontrarlo.

Recorrimos de nuevo la calle.

—Se habrá sentido mal —insistí.

Echeverría movió la cabeza:

—Habría dicho algo.

Calló un rato. Después preguntó:

—¿Qué crees tú que ha pasado?

Me encogí de hombros:

—No se me ocurre. Habrá ido a ver a alguien.

Volvió a negar con la cabeza.

—No. No tiene a quién ir a ver, mejor dicho, tiene, pero ellos no quieren verlo; sí, los ladrones. Salir, no diré a robar sino que simplemente a pasear con Cristián, no es algo que les agrada, y él lo sabe demasiado. Los ladrones huyen del que ha caído preso muchas veces o que ha fallado muchos golpes. Proceden como los comerciantes con sus congéneres quebrados. No. Lo que pasa es otra cosa.

Calló. Después recommenzó:

—Lo que pasa es otra cosa. Cristián no quiere salir de Valparaíso y no quiere trabajar, no quiere aprender a hacerlo, no porque crea que le faltan fuerzas, sino porque sospecha que eso le exigiría un esfuerzo mental que no quiere hacer, que no puede hacer o que cree que no es capaz de hacer.

Se detuvo y me miró. Estábamos debajo de un poste del alumbrado: una ampolleta eléctrica echaba una débil luz sobre nosotros. Su rostro expresaba preocupación y tristeza.

—¿Pero qué puede hacer! —exclamó—. ¿Qué puede hacer? Está en el último escalón, en el último travesaño de la escalera de la alcantarilla; más abajo no hay nada, ni siquiera la mendicidad; Cristián no podría ser mendigo, no podría pedir nada; preferiría morir de hambre antes de hacerlo. Tiene algo, una dureza, una altanería, casi una dignidad, que le impide aceptar nada que él no sienta que puede aceptar sin que ello lo rebaje ante el concepto que tiene de sí mismo, no en cuanto a ladrón, no en cuanto a ser social —no entiende de esas cosas—, sino en

cuanto a hombre, porque Cristián tiene un concepto del hombre, un concepto de sí mismo mejor dicho, que quizá no sea sino algo inconsciente que tal vez no es ni siquiera concepto —ya que eso parece implicar inteligencia, discernimiento por lo menos— sino un puro reflejo de su animalidad, pero que es algo y algo que vale, por lo menos para mí. Odia la piedad, quizá porque no sabe lo que es o porque sospecha que no levanta sino que mantiene al hombre en su miseria. Muchas veces he sospechado que en muchos individuos de esta tierra, sobre todo en los de las capas más bajas, sobrevive en forma violenta el carácter del antepasado indígena, no del indígena libre, sino del que perdió su libertad; es decir, conservan la actitud de aquél: silenciosos, huraños, reacios al trabajo, reacios a la sumisión; no quieren entregarse, y entregarse ¿para qué? Para ser esclavos. ¿Vale la pena? Hay gente que los odia, sí, hay gente que los odia, pero los odia por eso, porque no se entregan, porque no les sirven. Debo decirte que yo los admiro, y los admiro porque no los necesito: no necesito que trabajen para mí, que me sirvan, que me obedezcan. Otra gente se queja de ellos, aunque no los odie. Olvidan que el hombre que domina a otro de alguna manera, porque es más inteligente, porque es más rico, porque tiene poder o porque es más fuerte, no debe esperar que jamás el hombre que se siente dominado alcance alguna vez cualquiera de sus niveles. Los alcanzará o intentará alcanzarlos sólo cuando no se sienta dominado o cuando vea y comprenda que el que lo domina aun a pesar suyo —porque es más inteligente, por ejemplo— quiere levantarlo para hacerlo un hombre perfecto y no un sirviente perfecto. Habría que acercarse a ellos como un padre o un hermano se acerca al hijo o al hermano que aman, pero ¿dónde están los amos, los gobernantes o los matones dispuestos a olvidarse de su dinero, de su poder o de su fuerza? Sin contar con que no son los más inteligentes... Cuando un carácter así, rebelde se da en un individuo de otra condición social, en un hombre al cual no se podría, de ningún modo, obligar a servir a nadie, la gente lo admira; cuando se da en pobres diablos, se les odia. No se puede tener ese carácter y ser un pobre diablo: el pobre diablo: debe ser manso, sumiso, obediente, trabajador; en una palabra, debe ser un pobre diablo total. Pero no sé si éste será un fenómeno de la tierra; creo que no: esos hombres existen en todas partes. Cristián sabe que si él se hubiera mostrado sumiso en las comisarías, no le habrían pegado; pero no quiso serlo, no pudo serlo: prefirió los palos y los puñetazos a hacer el sirviente o el tonto. Eso vale algo, Aniceto.

Calló y suspiró. Seguimos caminando. Volvió a hablar:

—Sí. ¿Qué puede hacer?

No se me ocurrió qué contestarle. ¿Qué podía hacer Cristián? Robar, nada más, es decir, intentarlo, haciendo frente a lo que podía ocurrirle. Prefería eso a otra cosa. Por lo demás, lo mismo hacían innumerables hombres; eso había hecho mi padre, eso hacía El Filósofo, eso hacían los que atravesaban de noche la cordillera, y éstos y aquéllos y muchos más, héroes sin grandeza y sin uniforme, héroes mal vestidos y sin pasaporte.

El Filósofo habló de nuevo.

—Yo sabía que algo iba a ocurrir y me preparaba para la pelea, pero el adversario me quita el cuerpo y prefiere otra, mucho peor que la que yo le ofrezco. ¿Has visto nada más absurdo?

Defendí a Cristián:

—El conoce esta otra pelea y la prefiere.

—Peor que peor.

—Para ti, no para él. Ponte en su lugar y verás que tiene razón.

—Bueno, tal vez sea cierto.

No había más de que hablar y no hablamos; debíamos esperar

lo que ocurriera. Alfonso pensaba en Cristián; yo dejé a Cristián y recordé a mi padre: durante años supo cuántas alhajas había allí, cómo eran y dónde estaban, cómo se debía entrar a la casa y cómo se debía salir, qué distancia era preciso recorrer, desde la puerta de la casa, hasta el mueble en que se guardaban; más aún, conservaba en un estuche especial las llaves que debería utilizar en el momento en que se decidiera a robarlas; pero no se decidía: esperaba un último momento, el momento en que no le quedara otro camino. Cada cierto tiempo visitaba la casa y probaba las llaves: nada cambiaba; las cerraduras eran las mismas. Conocía las costumbres del dueño de aquellas alhajas, la hora en que se levantaba y la hora en que se acostaba, la hora en que salía a dar su paseo y la hora en que se recogía. Otro español, ladrón también, condenado a Ushuaia por una copiosa cantidad de años, le había confiado el asunto. Mi padre entró de mucamo a la casa —su condición de gallego le ayudó a ello— y estudió todo, sin robar nada. Era fácil hacerlo y prefirió esperar: las joyas no se moverían de allí. Eran su reserva. El dueño era hombre ya de edad, sedentario, y dueño también de la casa en que vivía. Y un día llegó el momento: mi madre murió y Aniceto Hevia quedó solo con sus cuatro hijos. No podía ya moverse con la libertad de antes, y debía cuidarse: caer preso significaba el abandono de sus hijos, que no podía ya confiar a nadie. Fue. Pero el dueño murió también por esos días, tal vez el mismo en que murió mi madre, y los herederos estaban instalados en la casa. Mi padre forzó la puerta y entró. Uno de los herederos lo encontró cuando salía. En ocasiones, lo que el hombre cree que lo va a salvar, lo mata.

Con Echeverría permanecemos sentados ante la mesa durante un tiempo muy largo, una hora, dos, tres, esperando: yo leía una vieja revista, Alfonso meditaba y oía; de pronto se levantaba, iba hacia la puerta, la abría y se asomaba hacia el oscuro patio del conventillo; volvía.

—No pretendo cambiar su carácter —dijo, al volver de uno de sus viajes—. Lo que quiero es que viva. Y no me importaría un comino lo que hace o lo que quiere hacer si se tratara de otro hombre, de un hombre del que yo supiera que va a hacer bien lo que, bueno o malo, quiere hacer, intenta hacer, robar, organizar una huelga o descubrir el Paso del Noroeste. Para todo se necesitan condiciones, para todo, por diferente que sea lo que uno u otro hacen. Pero Cristián no las tiene, peor, para lo que menos tiene es para lo que quiere hacer, para lo que supongo con toda certeza, que quiere hacer.

Yo le oía. Mi padre tenía condiciones; sin embargo...

Callamos y me acosté, cansado de la tensión; me dormí. Sentí, después, que El Filósofo se acostaba también, suspirando. Me volví a quedar dormido y desperté al oír que alguien habría la puerta, con cuidado, sí, aunque no con tanto que las bisagras no dejaran escapar un pequeño chirrido. Nos enderezamos en la cama; una figura de hombre apareció en el vano; era Cristián.

Alfonso preguntó a pesar de todo:

—¿Eres tú, Cristián?

Cristián dejó oír un farfullido, que podía significar varias cosas, pero que nos bastó: era él y estaba allí. Nos acostamos y guardamos silencio. Echeverría no agregó otra pregunta. Cristián cerró la puerta, avanzó pesadamente, buscó la mesa y la silla y se sentó. Allí quedó, sin hablar y sin moverse, y así estuvo todo el resto de la noche, sin dar de su presencia otras muestras que unos espantos que cada cierto tiempo lanzaba contra el suelo.

Amaneció lentamente, y a medida que la claridad del día fue entrando en el cuarto, pude ver mejor a Cristián: estaba sentado ante la mesa, la espalda vuelta hacia nosotros, afirmados los codos en la cubierta de la mesilla, la cara apoyada, en las manos. Parecía

dormir, tan inmóvil estaba. Seguía, sin embargo, escupiendo de rato en rato. ¿Por qué tanto? No era su costumbre hacerlo con tanta frecuencia. Me incorporé sobre un codo y miré el suelo: entre sus pies humildemente calzados, se veía una mancha oscura, ancha, salpicada aquí y allá de otras más pequeñas, blancuzcas. Toqué con un codo a Alfonso, que volvió la cabeza, y me miró, preguntándome, con un gesto de la cabeza, qué pasaba. Le señalé la mancha: quizá Cristián estaba herido; aquello era sangre. Echeverría miró con atención y extrañeza, dejó escapar algo como un rezongo y se levantó en seguida, vistiéndose con una rapidez desusada en él. Se dirigió hacia la puerta, la abrió y fue hacia Cristián. Le puso una mano sobre el hombro, y dijo:

—Oye.

Cristián tuvo un sobresalto, pero no levantó la cabeza.

—¿Qué! —gruñó.

Alfonso preguntó:

—¿Estás herido?

Cristián se encogió de hombros y no dio respuesta alguna. Alfonso insistió:

—Contéstame.

—No tengo nada —dijo, por fin.

—¿Y esa sangre?

Se encogió otra vez de hombros.

—Es la boca —dijo.

—¿No tienes nada más?

—Nada.

Echeverría vaciló.

—Levanta la cabeza —dijo, procurando dar a su voz un tono cariñoso.

Cristián se negó.

—Déjame tranquilo.

Echeverría estiró el brazo y tocó con su mano la cabeza. Cristián, con un movimiento rápido y áspero, se levantó a medias en la silla y gritó con violencia:

—¡Déjame, te digo!

Lentamente, se volvió a sentar. Alfonso permaneció en silencio junto a la mesa: había visto la cara de Cristián. Entretanto, y procurando hacer la menor cantidad posible de movimientos, me había levantado y salí al patio a lavarme. Un momento después se me reunió Alfonso. Lo miré y me dijo, en respuesta:

—Tiene la cara como si le hubieran bailado encima.

Calló y agregó luego:

—Hay que hacer algo, y no se me ocurre qué. No se va a dejar tocar por nosotros, y tampoco podemos dejarlo como está.

Instantes después, y mientras se lavaba, se le ocurrió:

—Vamos a recurrir a la señora Esperanza.

La señora Esperanza era nuestra vecina, la mujer del maestro Jacinto. Antes de salir para El Membrillo, Alfonso fue a verla. La señora, de pie ante la puerta de su cuarto, escuchó con atención, y dijo:

—No tenga cuidado, vecino; lo haré con mucho gusto. Váyase tranquilo y tráigame lo que usted dice.

Se veía, como siempre, limpia, apretada, morena, recién lavada y peinada. Un delantal blanco, pequeño, le llegaba a media falda. Era una mujer como para un regalo. Nos despedimos y dijo:

—Voy a ir antes de que despierten los chiquillos.

Esperamos. La mujer golpeó la puerta y no obtuvo respuesta. Abrió entonces y dijo:

—Buenos días vecino.

Su voz sonó extrañamente en aquel cuarto con una dulzura y

una claridad desacostumbrada allí. Tampoco obtuvo respuesta, y la mujer insistió, ya resueltamente, entrando al cuarto:

—Vecino, ¿puedo servirle en algo?

Su voz alcanzó una ternura sobrecogedora. Se escuchó una especie de rugido e inmediatamente una lamentación aguda y como barboteante: Cristián lloraba. Uno de los niños de la señora Esperanza le replicó en el cuarto vecino, rompiendo también a llorar. Nos fuimos.

—Seguramente —dijo Alfonso, por todo comentario— es la primera vez que alguien le habla a Cristián en esa forma.

Trabajamos más que nunca, y a mediodía, después de vender el metal a don Pepe, El Filósofo me advirtió:

—Voy al cuarto a dejar unas cosas para Cristián. Si quieres me esperas y si no almuerza solo. Toma.

Me dio unas monedas, pero no quise almorzar solo y lo esperé, sentado en el mismo lugar en que Cristián solía esperarnos, rodeado de charcos de orines y de montones de bosta de caballo. No me importaban las bostas ni los orines; tenía la sensación de que, en una u otra forma, siquiera acompañándolo, ayudaba a Alfonso en su pelea, y eso me agradaba. Regresó pronto y nos fuimos a "El Porvenir", restaurante de tercera clase, con su mozo derrotado y su dueño con cara de destiladera.

Nos sentamos y pedimos el almuerzo.

—Está más tranquilo —me explicó Echevarría—; pero tiene para varios días.

Calló y habló de nuevo:

—Es curioso. Te hablé anoche de la pelea que iba a tener con Cristián —bueno, pelea en sentido figurado— y te dije que Cristián la rehuía y buscaba otra. Ha fracasado en la otra y no le queda más remedio que hacerme frente, mejor dicho, tiene que hacerse frente a sí mismo, ya que en verdad la pelea no es conmigo; es con él mismo. No puedo alegrarme de que lo hayan golpeado; pero sí de que haya fracasado; ese fracaso trabaja a favor mío... De todos modos, hay que esperar.

Esperamos. Por fin, una noche, después de varios días, El Filósofo, mientras estábamos en nuestro cuarto, dijo:

—El contratista me apura y le he dado mi palabra de que ire-

mos a hacer ese trabajo. Hoy es jueves. ¿Qué les parece que nos fuéramos el sábado? Llegaríamos allá el lunes o martes.

Nadie contestó, y Alfonso preguntó entonces:

—¿Qué dices tú, Aniceto?

—Nos iremos cuando tú quieras —respondí.

Volvió la cabeza hacia Cristián, que nos daba la espalda, y, haciendo un esfuerzo, preguntó:

—¿Y tú, Cristián?

Demoró un poco en responder:

—No sé.

Alfonso agregó:

—De todos modos, nos iremos el sábado.

Amaneció un día sombrío. Alfonso y yo nos levantamos muy temprano, salimos al patio a lavarnos y volvimos de nuevo al cuarto: Cristián se había levantado también. Los tres permanecimos un rato silenciosos. El Filósofo dio una mirada alrededor del cuarto, recogió la frazada, hizo con ella un envoltorio y se la metió bajo el brazo; no abultaba gran cosa. Salimos de nuevo al patio, que estaba desierto, y partimos, pero partimos sólo Alfonso y yo: Cristián quedó de pie ante la puerta del cuarto, mirando la lejanía. Lo miré de reojo: sus ojos estaban sombríos, amoratados aún por los golpes, y su cara tenía una expresión de desasosiego, casi de angustia. Lo vi al partir. Cuando después de dar unos pasos quise darme vuelta para mirarlo una vez más, Alfonso me advirtió:

—No lo mires y no te apures.

Bajamos paso a paso y cada uno de esos pasos era para nosotros más y más doloroso. Creí, durante un momento, que El Filósofo se detendría y volvería hacia Cristián, pero no lo hizo. Aquello, sin embargo, terminaría pronto: veinte pasos más y llegaríamos al punto en que el camino tomaba hacia abajo, doblando bruscamente; allí perderíamos de vista a Cristián y al conventillo. El grito nos alcanzó allí:

—¡Espérenme!

Era un grito ronco, como de desgarramiento.

Nos detuvimos. Cristián avanzó hacia nosotros.

Cuando se nos juntó, reanudamos la marcha.

